

**ESENING: 80 AÑOS DE AUSENCIA***Por José Jiménez*

Han pasado ochenta años desde la madrugada del 28 de diciembre de 1925 en que Sergei Esenin, colgándose de una cañería de la habitación que ocupaba en el Hotel Inglaterra de Leningrado, emprendió viaje hacia el país donde *no florecen los bosques, ni cimbreaba el centeno su cuello de cisne*. Unas horas antes se había cortado las venas y con la sangre que comenzaba a brotar escribió su último poema de despedida:

*Hasta pronto, amigo mío, hasta pronto.  
Te guardo en mi corazón.  
Y el adiós fatal que se acerca  
es la promesa de un futuro encuentro.*

*Hasta pronto; sin gestos ni palabras.  
No frunzas el ceño de tristeza.  
A fin de cuentas morir no es nada nuevo,  
aunque, claro, vivir es menos nuevo todavía.*

Para muchos su muerte fue consecuencia de un drama espiritual y personal que nunca supo resolver totalmente. Para otros fue una puesta en escena organizada desde el poder. En cualquier caso todos entendieron que habían perdido a uno de los grandes poetas rusos contemporáneos. Troski escribía poco después: *“Hemos perdido a Esenin, ese poeta admirable, de tanta frescura, de tanta sinceridad. ¡Y qué trágico fin! Se ha ido por voluntad propia, diciendo adiós con su sangre a un amigo desconocido, quizá a todos nosotros. Sus últimas líneas sorprenden por su ternura, por su dulzura; ha dejado la vida sin clamar contra el ultraje, sin protestas vanidosas, sin dar un portazo, cerrando dulcemente la puerta con una mano por la que corría la sangre. Con este gesto, la imagen poética y humana de Esenin brota en un inolvidable resplandor de adiós.*

Esenin había nacido el 21 de septiembre de 1895 en Konstantinov, provincia de Ryazán, en el seno de una familia religiosa, tradicional y campesina. El último poeta de la aldea seguramente sintió que la revolución, en la que había creído en algún momento, al menos como compañero de viaje, le había arrebatando el jardín de la infancia. Como poeta, Esenin poseía una madurez extraordinaria, pero como hombre, probablemente no estaba preparado para la revolución. En todo caso, la violencia de la revolución no se llevaba bien con la dulzura y la autenticidad de su lirismo. El más grande de los poetas soviéticos, Maiakovski, disloca la realidad, la enajena. Esenin, por el contrario, la vuelve íntima, familiar, acogedora. Maiakovski eleva su voz de trombón para despertarnos. Esenin nos arrulla con el sonido de su violín para que conciliemos el sueño. La poesía de Esenin consigue reconciliarnos con la vida, o mejor dicho, con la existencia, con las cosas y los seres que llegan al mundo sin propósito, florecen y mueren. Pero lo que probablemente importa más, es que esta poesía nos reconcilia

también con la muerte, con una muerte consagrada por la exaltación de la vida. El personaje de los últimos poemas de Esenin se aproxima a la muerte sin recelo, con el júbilo de la existencia temblando todavía entre las manos, de manera que cuando entra en la muerte, y lo hace porque lo hace el hombre Esenin, la tragedia queda dulcificada por ese palpito de vida.

Pasternak dijo que *nunca la tierra rusa había producido nada más connatural, más arraigado, más oportuno y congénito que Sergei Esenin.*

Los poemas que aquí presentamos fueron traducidos expresamente para el acto que organizó Aula de Poesía de Barcelona con motivo del centenario del nacimiento de Esenin, y publicados después en el nº 4 de la revista *Poiesis*. Por desgracia, al margen del volumen de Edicions 62 dedicado a la poesía rusa contemporánea, que contiene 16 poemas de Esenin, no tenemos noticias que el mundo editorial español se ocupe de este poeta imprescindible desde los años setenta. Con la presentación de estos poemas esperamos contribuir a la reivindicación de un poeta que, en palabras de Gorki, fue creado exclusivamente por la naturaleza para expresar la infinita tristeza de los campos, el amor a todo lo viviente, la poesía en fin.